



# LA CAÍDA DE LOS FUNDAMENTOS EDUCATIVOS DE LA MODERNIDAD

EL CASO DE LA ÉTICA MODERNA FUNDADA EN LA MORAL JUDEO-CRISTIANA

CAMILO PERDOMO

Universidad de Los Andes - Trujillo

## Resumen

El trabajo presentado es una reflexión sobre el fin de los fundamentos educativos de la modernidad y en su lugar se muestra la pertinencia teórica de considerar la emergencia del principio de responsabilidad para reconstruir la ética y la estética del fin de la modernidad. La idea guía es la de que todos los aspectos de la diversidad ética de la postmodernidad y las características de los nuevos contextos culturales no pueden ser considerados en una formación enciclopédica del hombre postmoderno. Sin embargo, pienso que es de suma utilidad, en eso de aclarar caminos complejos de la subjetividad normativa, volver a ciertas claves del discurso ético y a sus autores modernos para extraer de allí ideas plurales para una reflexión que no es de nadie, sino de todos. El lugar de nuestro discurso presupone esta evidencia: si es cierto que cayeron los fundamentos filosóficos de la modernidad, y en eso existe acuerdo entre los teóricos estudiosos del tema, entonces ¿cómo seguir enseñando unos fundamentos educativos para la ética, la estética y los valores como si en la sociedad ese derrumbe fuese inexistente?

## Abstract

*The presented work is a reflection on the end of the educational foundations of the modernity and in its place the theoretical relevancy is shown of considering the emergency of the principle of responsibility to reconstruct the ethics and the aesthetics.*

*All the aspects of the ethical diversity of the postmodernidad and the characteristics of the new cultural contexts could not be considered.*

*However, I think that it is of utility to return to the keys of the ethical speech and their modern authors to extract of there certain ideas for a reflection that is not of anybody, but of all.*

*An idea stays as constant: if they fell the foundations of the modernity and in that agreement does exist among the theoretical ones, then ¿how to continue teaching some nonexistent educational foundations?*



En el contexto de la postmo-  
dernidad, tal como lo dicen los síntomas del culto ciego al progreso y en algunos efectos de la tecnociencia, no es evidente observar lo que es fundamental (Morín en Gohier, 1990: 346-349) o aquello que funda un saber educativo distinto a la visión de la economía política de la educación de origen moderno. Esta idea

me permite retomar la reflexión que vengo haciendo sobre algunos valores vinculados con la estética y con una ética basada en el principio de responsabilidad dentro de tal contexto. A mi entender, en la actualidad, reflexionar sobre la ética desde otros lugares y otros paradigmas (como uno de los fundamentos educativos de la modernidad y del humanismo renacentista) se convirtió en una tarea nueva para el discurso educativo. Con ello se recupera cierta herencia filosófica reguladora dentro de una modernidad agotada en sus fundamentos educadores de un sujeto social ávido de voluntad de poder. La educación así concebida sólo llegó a realizar una lectura inocente de un humanismo moderno que debía crear un sujeto tolerante, solidario y armonioso en la sociedad.

En efecto, para el caso de la ética y la estética hoy pareciera casi obligatorio que fuentes de consulta como los diccionarios y las publicaciones periódicas en torno a la educación tendrían necesariamente que reflejar aspectos sustanciales del debate entre modernidad y postmodernidad desde otro lugar discursivo y no seguir afirmando, por ejemplo, que la ética es ciencia de la moral. Este aspecto es importante para quien se interese en la investigación sobre la ética, o mejor dicho, sobre sus mecanismos de regulación social para un sujeto que responde más a los contextos culturales que a fundamentaciones presupuestas universales. A tal efecto leamos el texto siguiente:

Para quien se interese en la investigación ética y en el debate social, los últimos decenios aparecen marcados por el retorno de la ética y sus interrogaciones respecto del lugar de los mecanismos y proliferación de códigos de regulación en la dinámica de consolidación y de institucionalización. (Bourgeault, 1997: 15).

## El carácter híbrido de los fundamentos educativos de la modernidad

Esa proliferación aludida en el texto anterior es el ambiente, si se quiere irreversible, creado por la postmodernidad donde lo importante es observar que ya

los discursos éticos fundados en una moral decretada con contenidos universalistas no se aprenden sólo por buena voluntad del emisor. Tampoco porque se diseñen en las mejores agendas de los curricultores programas de adoctrinamiento ético-moral. El diálogo, el argumento y el debate en una sociedad marcada por la diversidad y la complejidad cultural y del saber, parecen ser los lugares para repensar la reflexión ética y con ella la estética. Recurrir al diccionario o al manual puede ser limitado para hacer avanzar el aprendizaje de una ética que reoriente sus finalidades reguladoras ante el derrumbe de los fundamentos de la modernidad educativa. Para quienes nos hemos vinculado profesionalmente con la enseñanza de los fundamentos educativos es fácil admitir que esos fundamentos respondieron, casi de manera automática, a una formación discursiva híbrida apoyada en las bondades de la tecno-ciencia. Híbrida porque tomó, para construir su discurso fundamentador, enunciados introductorios de la Filosofía, de la Sociología, de la Psicología y de la Historia de la educación. Siempre se pensó que mientras más contenidos mejor sería la formación fundamental. Encontrar un producto escolar que manejara con propiedad un autor de ese campo teórico híbrido se hizo difícil. Toda referencia a la educación ético-estética del sujeto de la modernidad quedó sujeta a orientaciones tecnocráticas y a la carga valorativa del elemento cuantificador del hecho social. ¿Cómo pretender, en el caso venezolano, tener un sujeto educado con una ética fuerte en un ambiente escolar dominado por las finalidades de lo tecnocrático? Si esto se admite, entonces ¿por qué asombrarse de que los valores tradicionales creados por el humanismo renacentista se derrumbaran dentro de un conjunto de voluntades defensoras de la democracia? Por lo demás, dentro de ese derrumbe axiológico era de esperar que dentro de la sociedad se legitimara ese nihilismo creciente de la modernidad. Ahora bien, como toda lectura de los hechos sociales siempre admite nuevas perspectivas, pues el caos no siempre es absoluto; entonces es posible pensar en aquello que emerge como idea fuerza con cierta constante dentro del mundo diverso y plural que nos invade. En la óptica que observamos el pluralismo ético postmoderno emerge con fuerza el principio de la responsabilidad como vía de reflexión ético-estética.

En tal sentido, el aspecto regulador a defender como tradición de la modernidad en su paso a la postmodernidad, es el de la observación necesaria por parte de los individuos del principio de responsabilidad, respetando a su vez la autonomía heredada de ciertas normas transmitidas en cada contexto por la acción educativa de los sujetos que hacen sociedad. Es decir que

pareciera válido hablar de regular dentro de una acción discursiva de diálogo y de crítica que involucre el aprendizaje de la responsabilidad en un contexto cargado de señales de pluralidad y diversidad ética. No es un decreto consensual de inspiración habermasiana, sino ejercer la posibilidad de idear mecanismos de regulación con apego a las características de un contexto muy plural y diverso, pero no ausente de responsabilidad. Una nueva reflexión de los fundamentos de la educación, en la postmodernidad o en las postmodernidades, (hoy tanto Habermas como Lyotard son clásicos en sus lecturas de la modernidad frente a las nuevas propuestas de los contextualistas) impugna los discursos fundadores para toda ética-estética y recupera los enunciados de regulación y de la comunicación. En este sentido, si bien los trabajos de Habermas (1984) y Apel (1991) ayudan a la reflexión en la medida en que tocan la racionalidad instrumental del fin de la modernidad e invitan a una ética discursiva; no por ello son la sola vía de pensamiento alternativo. Mientras que por el contrario, los trabajos de A. Turaine (1997), M. Foucault (1994) y Jonas (1990) colocan el análisis dentro de las características de los contextos culturales (donde la tecno-ciencia es un dato concreto) más que en los decretos sociales de consensos y acuerdos. Por ejemplo: una idea que (en su obra) siempre defendió Foucault fue la de vincular la ética con la estética en un mismo plano epistemológico y siempre dando cuenta de la libertad del hombre. En ese plano, la educación si bien le brinda entrada al sujeto a diversos discursos, a él no es posible centrarlo en un sólo fundamento pues ese sujeto vive dentro de prescripciones, oposiciones, regulaciones y distancias discursivas impuestas por la relación de fuerzas entre los saberes y poderes implicados en la orientación educativa. Los fundamentos de toda educación, aún los más inocentes presupuestos por el discurso filosófico de la modernidad, para enseñar a las élites por los caminos del deber y las buenas costumbres, no circulan al margen de una lectura desinteresada del poder y del saber en sus respectivas relaciones de fuerza. Es desde este lugar que se puede hablar de derrumbe de los fundamentos de la modernidad educativa y en su lugar es posible validar proposiciones de regulación de esa relación poder-saber. Nuestra propuesta se inclina por la reconstrucción del principio de responsabilidad.

También pienso sea necesario regresar al punto de partida que orientaría el diálogo a partir de la ética considerando su etimología. Recordemos que desde los griegos, «*êthos*»(1) se refiere a «*coutumes et moeurs*» (Larousse, 1959) es decir, a hábitos y a costumbres donde se valoran los principios y normas morales que regulan las actividades humanas. Lo interesante, para la educación

de hoy, radica en que ya se saben los efectos negativos de la racionalidad del progreso y de la tecno-ciencia para que emergiera una pluralidad ética válida para todos los humanos en una constante de libertad, armonía y fraternidad. Las ideas sobre ética heredadas de Platón, de Aristóteles, de Spinoza y de Kant, entre otros, se mezclan en la definición que dan los diccionarios para definirla por medio de la moral, de los códigos, de las normas y de las prescripciones. Toda reflexión dentro de ese collage termina siendo un espacio legitimador de moralismos totalitarios e insuficientes en su explicación de la crisis creciente de humanismo y humanidades.

Kant es quien intentó situarla mejor en el proyecto de la modernidad ilustrada por medio del vínculo entre deber y derecho con supuestos de universalidad, pero ya sabemos el lugar predominante de las particularidades en el discurso postmoderno. A ello se suma el hecho de que en el discurso jurídico también entró el vacío de sentido del que nos habla el sujeto postmoderno y pareciera que la postmodernidad le otorga (cada día) consistencia a las lecturas críticas de la ética y la moral que le hizo Nietzsche a la modernidad en sus valores. Sobre todo, cuando en una parte de su obra, colocó ambas preocupaciones en el lugar de algo inútil y contrario a la naturaleza humana.

Ante este cuadro híbrido de fuerte influencia escolástica, de manuales y de diccionarios, a lo largo de esta investigación queda el trabajo de diferenciar ambos términos. En este sentido y para tal tarea, diferencio un «*êthos*» vinculado a la actitud moral humana y una ética como preocupación filosófica que en las prácticas sociales debe observar con cierta actitud crítica el dominio del saber tecno-científico y del progreso para orientar mi decisión individual. Usted puede tener una moral fuerte y una guía ética débil ante sus prácticas sociales.

A partir de sus efectos y de sus límites, en el fin de la modernidad, parece conveniente analizar la ética en relación con el contexto social contemporáneo y a su herencia teórica. En otras palabras, es necesario admitir que los grupos humanos se enfrentan cotidianamente a las necesidades de la vida y a normas específicas muchas veces formuladas en contra de sus intereses inmediatos. Eso revela, entre otros aspectos, que los juicios universales y fundamentalistas se han agotado y por ello ha emergido un pluralismo ético. En cuanto a su papel regulador, esa distinción es pertinente; pues hoy la cultura del progreso, sobre todo en cuanto a su racionalidad económica, no acepta regulaciones desde un Estado que hasta hace poco se pensó como garantía de equilibrio del poder y de la seguridad social para todos.

El rechazo, por parte de los grupos con poder

económico, de todo tipo de regulación social se apoya en el supuesto siguiente: la dinámica de la mundialización del mercado y el equilibrio de las finanzas, son las prioridades de la era postindustrial para que las libertades humanas se cumplan. En esencia, ese es el discurso de la mundialización de la economía. Pero allí están los efectos inmediatos y el triste papel de las instituciones jurídicas modernas para poner fin a ese terremoto social que es la mundialización de la pobreza.

## Breve repaso con fines propedéuticos del término ética

Haciendo una rápida revisión del término ética, lo encontramos distribuido en la historia de las ideas con cierta inclinación para definir una cierta tendencia a la perfectabilidad humana desde la virtud y la moral. Es así como en Sócrates, la virtud del hombre reside en la adquisición de una ciencia moral, pero en él la ciencia no significaba lo mismo que ésta hoy día. Él se preguntó si la virtud podía ser enseñada y la respuesta la identificó en el reino de la razón, no en un ideal de orden, ni en los instintos naturales humanos. En un socrático, no existe la alegría sin la virtud, es decir, todo hombre en la medida en que es virtuoso, es alegre, la moral socrática ve la virtud como la esencia del bien.

En la sabiduría, objetivo de la filosofía socrática, la virtud se dirige a formar la voluntad y la sensibilidad. De esta manera, justicia y piedad arreglan nuestra relación con los hombres y con los Dioses. Así, la obligación de practicar la virtud se impone por ley en la organización de la ciudad (Polis). La moral, en este astuto griego, se orientó en la dirección del principio de finalidad donde es un valor soberano construir un hombre alegre, virtuoso y ello se funda en la educación de la fuerza de la razón.

En Aristoclès, conocido mejor con el nombre de Platón, su concepción de la «Metafísica» se apoya en la existencia de un demiurgo (causa eficiente para darle sentido al alma del mundo) que se expresa en una causa ejemplar (mundo ideal) y una causa final (idea de bien). Su doctrina filosófica se manifiesta en aquella proposición donde el alma humana es inmortal y está unida por accidente al cuerpo. La moral fue vista por él a través de la virtud, de la alegría, de la obligación, de las sanciones y de las relaciones con el Estado. El medio para tener al hombre, como sujeto alegre, consiste en permitirle dominar sus deseos y en alcanzar los medios para satisfacerlos. Buscando el equilibrio en la virtud

simplificó ésta en la perfección y la idea del bien en todos los humanos. Por ese camino es donde el hombre fundamentaría sus acciones sociales. Su lectura dualista del bien y del mal le dan a su filosofía un tal carácter de perfección y contradicción que hace a su pensamiento débil en su aplicación y cumplimiento, pero útil como sueño y aspiración, es decir, en el camino de la utopía. En tal sentido, la misma dualidad puede circular en diferentes cosmogonías, religiones, teorías educativas y doctrinas políticas por ese sesgo epistemológico y ambigüedad para definir la existencia humana. La modernidad sería, en alguna forma, portadora de esa «Metafísica» socrática-platónica; la cual parece haber entrado en la mayoría de los intentos teóricos para definir el hombre occidental, su educación, sus valores y la forma de relacionarse en equilibrio con los mitos y dioses.

Con Aristóteles, el pensamiento de Sócrates y de Platón fue superado en algunos aspectos de las ideas de ética, de virtud, de lógica, de predicados universales, de filosofía natural, de las especies y del mundo de la astronomía. Él fue una referencia obligada del saber occidental y con sus ideas dominó por mucho tiempo el escenario intelectual. De él me interesa su filosofía práctica donde destaca la ética de Nicomedes (Nicomaque). En esa obra destacan: la prudencia(2), la virtud y la amistad para educar al hombre en la armonía, en el equilibrio y en ideales generales que se suponen dentro del discurso de los valores fundamentales del hombre. A lo largo del relato dedicado a Nicomedes (Aristóteles, 1992: 89), es posible instruirse en el ideal de un hombre donde el objetivo central es la ética, la amistad, la moral, la responsabilidad y el desarrollo intelectual.

Para un fundamento como la libertad, él constató sus límites en el vicio, la corrupción y la falta del buen sentido. En él, el bien, la belleza de la vida moral y la voluntad libre son necesarias para la existencia humana. La sociedad fue vista por este discípulo de Platón dentro de una organización natural en la medida en que ésta es necesaria para moralizar al hombre. De esa manera, es posible alcanzar una práctica de entrega y de consagración que permiten vivir en alegría y armonía social. Al contrario de Platón, para quien la familia no ocupa el mismo espacio social que el Estado, Aristóteles la concibe como la más natural de las comunidades y ella es la unidad primordial para reproducir la especie humana. Su lectura de la estética le permitió afirmar que ella es importante porque permite imitar lo real como naturaleza física del mundo moral. La estética es en su obra una expresión del espíritu para representar lo incompleto de las cosas.

Con estos tres autores he pretendido (brevemente)

mostrar la preocupación de una herencia griega que marcó la noción de ética, de moral, de estética y de virtud en tanto fundamentos educativos devenidos vacíos en la modernidad. Hoy pareciera necesario releer esos fundamentos educativos; pues no es muy fácil colocar a un lado sus consistencias teóricas como la cultura postmoderna pretende con sus recetas de un conocimiento que sólo legitima el presente ignorando lo fundamental. Además, al leer de cerca esa herencia griega de la ética y la estética, tengo la impresión (o la intuición) de que al discurso postmoderno le es difícil ignorar tal evidencia.

De ellos, entre las ideas más influyentes para el fin de la modernidad, considero que resalta una lectura fundamentalista de la educación con miras a formar un hombre que se distingue de los demás a partir del bien, de la virtud, de la belleza y de la alegría, es decir, por medio de la estética, de la ética y de la moral. En cada uno de esos pensadores griegos se mantiene la tentación de regular el placer, los deseos del instinto de libertad total; he allí los límites y alcances de esos pensadores. Suponemos aquí que la noción de responsabilidad para con los otros es una manera de practicar la virtud.

Otra referencia importante a considerar son los epicúreos. Ellos dieron otro sentido a la reflexión ética. La idea central que los animó tiene el placer como el bien supremo a buscar por todo hombre. La moral la estudiaron al interior de una ciencia que enseñaba el medio de alcanzar la consagración y la alegría practicando a la vez la virtud. Como virtud principal identificaron la prudencia, el equilibrio, la justicia y la amistad. Y vieron en la política el lugar de la incertidumbre y como tal privilegiaron la vida aislada (cachée) o al margen de esa práctica social (Kunzmann, Burkard, et Wiedmann, 1993: 59).

En los epicúreos, la ética es una estética y una manera de vivir interrogándose cotidianamente para lograr encontrar el camino de la sabiduría y el dominio de sí mismo respetando ciertas virtudes, la alegría, la dicha y la felicidad en los otros. He aquí una noción de responsabilidad.

Curiosamente, en su tiempo, en la medida en que practicaron ese estilo de vida, fueron acusados de egoístas, indiferentes e individualistas. Sobre todo en eso de ser prudentes como para no inmiscuirse en la política y en practicar la amistad sin límites. El rol de la vida lo vieron en total acuerdo con las tendencias instintivas y naturales del hombre sin muchas ataduras a compromisos sociales reguladores. En ellos la vida, con su vitalidad, es para alcanzar la dicha individual. Sin embargo, ello no impide la búsqueda de una ética que permita vivir y dejar vivir a los demás. Es de esa manera como leyeron el deber: como un obstáculo, pues el mismo lo intuyen en una intención de control y de regulación a las tendencias naturales de la especie humana.

## A manera de conclusión

Las referencias anteriores indican que el debate en torno a la ética, a la estética, a la moral, a la educación y a los valores humanos no ha sido (en Occidente) sino un comentario a Sócrates, a Platón, a Aristóteles, a los cínicos o a los epicúreos. Incluso se dice lo siguiente: lo que en Occidente ha existido como filosofía no es sino



*Cgndas*

un comentario general a las ideas de Platón. La fuente de apoyo es ésta: «Según A. N. Whitehead toda la filosofía occidental no es más que notas de pie de página apoyadas en la obra de Platón» (Kunzmann, Burkard et Wiedmann, 1993: 39). A manera de resumen muestro el esquema siguiente:

Primero, un aspecto dominante que se confirma (para la ética y la estética) en esos orígenes griegos presenta criterios de un discurso de regulación como fundamento educativo con cierta tendencia al universalismo social. Hoy ello no es tan visible y consistente en todas las disciplinas una vez que aparecieron los múltiples paradigmas que explican lo real. Ello implica reflexionar sobre su base de fundación en un contexto cultural que admite la validez de las éticas y de las postmodernidades. En otras palabras, se impusieron las pluralidades y los contextos sobre los fundamentos y fundamentaciones únicas.

Segundo, las referencias anteriores vieron y leyeron la moral y el deber como dos bases obligadas de la ética-estética con la finalidad de separar la preocupación del placer de una intuición natural del hombre; mostrando en ello su capacidad para lograr como idea educativa una ética-estética para la vida en común, alegre y completa. Sin embargo, esa herencia teórica no se mantuvo en la dinámica de la modernidad bajo el efecto dominante del discurso de la tecno-ciencia y el progreso económico y, por el contrario, se impuso un híbrido teórico cuyo objetivo central fue conciliar diferentes tendencias del pensamiento, pero dentro de las bondades del trabajo, del progreso y de la formación discursiva dominante creada por la tecno-ciencia. Es obvio el sincretismo teórico en la teoría educativa de la modernidad desde el lado del collage aludido y ese es un lugar que explica el derrumbe de un sistema valorativo en la ética-estética pensado con la finalidad de darle cuerpo a la utopía de un ser tolerante y armonioso.

Tercero, todo indica que algo faltó o sobró para que de nuevo emergieran las preguntas en torno a la ética, a la moral, a la estética y a los fundamentos de la educación dentro de las incumplidas promesas del discurso filosófico de la modernidad. Nació el discurso postmoderno con todas sus tendencias y hoy ya vamos por el discurso de las postmodernidades sin haber asimilado a los críticos de la postmodernidad. Promesas

hechas con el fin de emancipar al hombre de los mitos y dioses devinieron lugares de nuevas mitologías: la tecno-ciencia y el progreso entre ellas. El mapa de mitos de hoy es incluso virtual y pareciera que vivimos en un eterno círculo de radio infinito.

Cuarto, paradójicamente en esa misma dinámica contradictoria y conflictiva fue donde Nietzsche hizo otra lectura de la modernidad, de la ética, de la estética, de la ciencia y de la educación de los valores del hombre. Hoy hace falta redescubrir a ese pensador cuando recreó su obra identificando en los orígenes griegos la tragedia y la decadencia de ellos y afirmando que buscar la moral es en el fondo ir contra la naturaleza humana y sus tendencias vital-naturales. Este lado de la educación ético-estética del hombre no se ha desarrollado todavía. Hace falta, tal como él hizo en su obra, contestar con suficientes ideas y fuerza argumentativa las ilusiones modernas y postmodernas de democracia y de los respectivos valores de igualdad que ésta promueve con su discurso. En Nietzsche, hay una moral religiosa infiltrada en la naturaleza fundante de los valores de la modernidad. A partir de esta idea: «la igualdad de las almas ante Dios» quedó en entredicho todo el sistema valorativo del humanismo. De allí se imaginaron las teorías de igualdad de derechos y como tal se enseñaron (Nietzsche, 1991: La libertad de todo pecado, no 212) sin ninguna reflexión que sospechara de su inutilidad. La intención al presentar esta idea es para identificar el ambiente cultural-intelectual que arrastra la modernidad en eso de mostrar y tratar la fundamentación ética al lado de fideismos religiosos de fuerte inspiración totalitaria y apoyados en visiones fundamentalistas de la moral. Pero también, para dejar establecidos los argumentos que niegan hoy la posibilidad de seguir intentando construir el concepto de educación a partir del verbo fundar y donde los valores se presuponen buenos para todo cambio en el sujeto social. Fundar el acto educativo sin identificar aquellos valores hostiles a su naturaleza y posibilidades de imaginación se constituyó en un contrasentido epistemológico para el fin de la modernidad. Es preferible hablar de escenarios de regulación con enunciados particulares que den cuenta del clima de pluralismo étnico-cultural, y de diversidad ética existente dentro de la globalización económica (E)

NOTAS

(1) Hans Küng (1991) distingue bien la actitud moral fundamental del hombre dentro de la idea de êthos y reserva para la ética los aspectos doctrinales y filosóficos relacionados con los valores y normas que orientan nuestras decisiones y escogencias sociales. En general, la palabra ética aparece en los diccionarios y lenguas tratando de cubrir ambos sentidos por lo que êthos no siempre es utilizado. Posiblemente a ello se deba que la ética sea definida como una ciencia de la moral.

(2) La prudencia es un término utilizado junto a la nueva interrogación ética en el contexto de la postmodernidad ante ciertos efectos del uso de la tecnología: «La prudencia donde la ética siempre se refugió para darle importancia a nuestras escogencias y a las acciones humanas es hoy tan importante como la tecnología.» (Bourgeault, 1990: 102).

BLIBLIOGRAFÍA

- Apel, K. O. (1991) Teoría de la verdad y ética del discurso. Barcelona: Paidós.  
 Aristóteles. (1992) Éthique de Nicomaque. París: Flammarion.  
 Bourgeault, G. (1990) Une éthique de la responsabilité. Montreal: Fides.  
 (1997) Vingt années de recherches en éthique et débats au Québec. Montreal: Fides.  
 Foucault, M. (1994) Dits et écrits. París: Gallimard.  
 Habermas, J. (1984) Teoría de la acción comunicativa. Madrid: Cátedra.  
 Jonas, H. (1990) Le principe responsabilité. París: Flammarion.  
 Kunzmann, y otros. (1993) Atlas de la philosophie. París: Librairie générale française.  
 Küng, H. (1991) Projet d'éthique planétaire. París: Seuil.  
 Nietzsche, F. (1977) Sobre el porvenir de nuestras escuelas. Barcelona: Tusquets.  
 Russ, J. (1994) La pensée étique contemporaine. París: PUF.  
 Télles, M. (1998) Desde la alteridad. Notas para pensar la educación de otro modo. Revista RELEA. UCV. Caracas.  
 Turaine, A. (1997) Pourrons-nous vivre ensemble? Égaux et différents. París: Fayard.  
 Savater, F. (1994) Étique à l'usage de mon fils. París: Seuil.  
 Varios. (1997) Ideas para el debate educativo. Caracas: Consejo Nacional de Educación.